

VINCENZO P. LO MONACO

JUAN NUÑO. HACIA UN RACIONALISMO CRÍTICO

Creo que recordar a Juan Nuño es un acto ineludible de homenaje a su extraordinaria figura humana e intelectual, a su compromiso con la verdad, a su magisterio universitario, a su obra filosófica.

He tenido la suerte de conocerlo y frecuentarlo; lo admiré como maestro, como filósofo y como persona. Su fuerza intelectual, aunada al uso autocrítico de la palabra, transmitía la sensación del pausado andar científico, aunque tamizado por los frecuentes retornos, marchas y contramarchas ajenos en verdad al riguroso proceder del científico. Su humildad lingüística recordaba de cerca el famoso método socrático, subsumido bajo el signo de la búsqueda continua, infinita. Su robusto temple moral le conducía no sólo a combatir a los denominados “monstruos de la razón”, la intolerancia, el racismo y el fanatismo, entre los más procaces, sino a demostrar cómo debelarlos desde sus propias estructuras conceptuales.

Inmerso ya desde temprana juventud en una batalla cultural contra toda forma de autoritarismo, de idealismo y de subjetivismo, Nuño siempre luchó por la posibilidad, más precisamente la necesidad de construir un nuevo racionalismo crítico, convencido como estaba de que la mejor forma de concebir un sistema filosófico consistía justamente en liberarse de la idea de que tuviese algún sentido construir semejante cosa. Creía en la filosofía como búsqueda crítica continua, permeada por una real y sincera apertura de pensamiento, sin cortapisas ni condicionamientos dogmáticos que pudiesen obstaculizar el acoger críticamente lo nuevo, evaluar soluciones y posiciones diversas, siempre en el marco del carácter provisional de todo aprendizaje. Era una actitud vital y dinámica que había heredado de su profundo conocimiento de la filosofía de Platón, a quien solía atribuir la convicción propia de que la filosofía, por ser

ejercicio vital del pensar, debía reproducir los rasgos de progresividad, discontinuidad y plasticidad que caracterizan la vida misma. No es casual, entonces, el hecho de que sus convicciones filosóficas, pocas pero sólidas, le condujeran a extender sus análisis críticos a los más variados asuntos de la vida humana. Y esta exigencia mínima, tan simple y directa, marcó sin duda no sólo su producción filosófica y ensayística, sino su actividad netamente académica, soportada quizás en tres principios claves que, en conjunto, caracterizan un racionalismo crítico de nuevo cuño, cuyo estudio y abordaje corresponde sin duda a las nuevas generaciones de filósofos venezolanos.

El primero de estos principios es que tal racionalismo no es en sí mismo, ni pretende ser, un punto de llegada como descubrimiento o construcción de verdad absoluta alguna, sino un mero precepto metodológico como modo puro y simple de abordar la actividad filosófica. En tal sentido, lejos de representar una verdad indebatible, se trata de un principio-guía o postulado de fecundidad cuya validez va medida por la capacidad de orientación del ejercicio filosófico mismo. Subsiste entonces en la propuesta de Nuño la absoluta conciencia del sesgo postulacional de los productos del conocimiento en tanto conceptos provistos de un carácter inexorablemente convencional y por ende perecederos. De ahí justamente su abierto pluralismo en la filosofía y en la vida misma: ninguna idea o filosofía es desechable *a priori*, ni puede analizarse en aislamiento; todas han de medirse por su consistencia, sus consecuencias y su valor en beneficio del mundo y de la vida, sin caer en los extremos de las metafísicas aberrantes y dogmáticas o las construcciones meramente retóricas. Frente a estas últimas, siempre practicó una necesaria desconfianza metodológica, convencido como estaba de que la vida humana es a la vez cosa demasiado valiosa y compleja como para enclaustrarla en abstractas teorías omnicomprensivas. De Bertrand Russell, junto a Sartre y Wittgenstein uno de sus mentores predilectos, solía a este propósito repetir en sus lecciones el siguiente aforismo: “Si un filósofo es un hombre ciego, encerrado en un cuarto oscuro, en busca de un gato que no está, un teólogo es un hombre que logra dar con el gato”.

Para Nuño, los sistemas filosóficos o científicos se presentan al hombre como vastas cosmogonías o teodiceas, que pretenden explicar y justificarlo todo. Aborrecía los sistemas, los abominables círculos, los

cierres perfectos, proponiendo en consecuencia concebir el ejercicio filosófico como una actividad de abierta crítica generalizada, ejercida no tanto por el desafío de distinguir lo que es verdadero de lo que no lo es, sino por el impulso mismo de aprender a identificar el dogmatismo, la pretensión de haber alcanzado verdades definitivas, dondequiera que anide. Tal vez por ello asumió a conciencia la faena del pensador asistemático y se opuso enérgicamente a los diversos intentos de contrabandear los sistemas filosóficos y las teorías científicas como verdades últimas que descalificarían cualquier otro punto de vista.

El segundo de los principios en que converge tal racionalismo, sólidamente mantenido a lo largo de la evolución de su pensamiento filosófico, es la convicción de una profunda unidad entre ciencia y filosofía, más allá de las obligadas diferencias y de las respectivas técnicas. Nuño fue siempre consecuente con este principio de unidad y lo plasmó en su obra y acción pedagógica. El pensamiento filosófico y el pensamiento científico no son entre sí contradictorios ni antitéticos; al contrario, son las dos caras de una misma moneda que da el pase a la construcción histórica, siempre imperfecta, de la racionalidad humana. En esto, como en tantas otras de sus propuestas, fue una vez más Russell su inspirador. Afirmaba en efecto Russell que la ciencia es lo que más o menos conocemos, mientras que la filosofía es lo que aún falta por conocer: "Filosofía es aquella parte de la ciencia en la que, de momento, se opta por opinar, pero sin alcanzar auténtico conocimiento". Y en esto Nuño está en buena compañía, pues también Quine, el célebre filósofo norteamericano, bebió de esa misma fuente con su propia metáfora del barco de Neurath. En nuestra paráfrasis de las palabras de Quine, el filósofo y el científico no son como el constructor de navíos que trae el barco a dique seco y lo reconstruye desde la quilla, reemplazando todas sus planchas y verificando su solidez. A semejanza más bien al navegante sorprendido en un barco que hace agua, obligado a efectuar reparaciones gradualmente y por partes mientras intenta mantenerlo a flote. Nuño reafirma la paridad gnoseológica entre filosofía y ciencia, aunque no comulgó nunca con la tesis quineana del gradualismo implícita en el principio de continuidad, tardíamente trasmutada por Quine en la idea de la filosofía como actividad de intersticio entre teorías científicas.

Fuera de metáfora, Nuño extrae la *lectio* última, a saber: el cuerpo del conocimiento es una empresa compartida que progresa a través de cambios y modificaciones realizadas en su seno desde el interior del cuerpo mismo, sin posibilidad alguna de aislamientos, visiones panorámicas o miradas cósmicas. En síntesis, en esto fue Nuño mucho más claro y directo que el propio Quine. Las teorías elaboradas por filósofos y científicos, en tanto visiones o concepciones del mundo, nunca resultan enteramente satisfactorias, ni definitivas, ni completas. Tal incompletitud no constituye sin embargo una limitación, en la medida en que facilita una integración sinérgica entre ambas: la ciencia sin filosofía es huérfana de rumbo; ésta, a su vez, es estéril sin la ciencia. Juntas revelan el carácter auténticamente racional del conocimiento, esto es su pertenencia a un proceso sin fin que se resiste a desembocar en un omega dogmático e indiscutible.

El tercer y último de los principios, que constituye una de las características sustanciales del discurso epistemológico de Nuño, radica en la introducción de la lógica y del análisis del lenguaje como instrumental insoslayable en el ejercicio filosófico. La necesidad de la adopción de tal instrumental es una consecuencia directa de la aplicación del principio metodológico, más específicamente del postulado de desconfianza, el cual obliga a sospechar de cualquier propuesta, sea filosófica que científica, que no haya pasado la cuarentena lógica y analítica. A este propósito es oportuno recordar no sólo que a Nuño se debe la introducción del estudio de la lógica matemática y la filosofía analítica en Venezuela y quizás en América Latina, sino la aplicación misma del análisis filosófico como rasgo fundamental de la actividad filosófica. Y en esto no es Russell el único inspirador, con aquella máxima según la cual “a medida que la lógica se perfecciona, disminuye el número de cosas susceptibles de demostración”. También Wittgenstein influyó en Nuño en este aspecto, en especial en cuanto a la concepción del ejercicio filosófico como crítica del lenguaje y del análisis filosófico como terapia lingüística. Proverbial resulta ya, por su genialidad, la fórmula simple y seca con la que Nuño lograra condensar una tesis tan compleja y polémica como el criterio del compromiso ontológico de Quine: “Dime con quién cuantificas y te diré qué eres”.

De allí también que las contribuciones divulgativas más relevantes del filósofo caraqueño alcancen las dimensiones éticas y morales del co-

nocimiento. No es azaroso que su pasión por la razón, así en minúsculas, no sea el mero resultado de un sentimiento ciego. Al contrario, Nuño siempre creyó que el control de la verdad, la eficacia y la fecundidad de determinadas proposiciones nos pone sobre la pista de la comprensión de los límites que nos es racionalmente prohibido superar. Nos referimos al valor del conocimiento en la histórica lucha del hombre para derrotar a auténticos “monstruos de la razón” como la intolerancia, el racismo y especialmente el fanatismo, desafortunadamente tan difundidos aún en el mundo de hoy, sobre todo este último, que sigue siendo el verdadero y propio flagelo de este incipiente siglo. El racionalismo crítico de Juan Nuño se constituye claramente en un antídoto formidable contra estos monstruos, nacidos al cobijo del uso acrítico de las palabras y crecidos en la tierra fértil de la ignorancia, condiciones favorables para despertar en los individuos y los pueblos temores ancestrales donde arraigar nuevos mitos y poner a circular seudoexplicaciones. También aquí Nuño parafrasea a Russell: “El problema de la humanidad es que los estúpidos son seres superseguros, mientras que los inteligentes están siempre llenos de dudas”.

Finalmente y para concluir, sería imposible extraer de estas pocas palabras una caracterización a duras penas aceptable de la obra filosófica de Juan Nuño como uno de los pensadores más importantes del siglo XX venezolano, por lo que quisiera terminar con una breve cita de una de sus lecciones, que tuve la oportunidad de recoger directamente en mis apuntes y que no he podido encontrar en sus publicaciones, con la cual pretendo abonar la hipótesis del nuevo racionalismo crítico que me ha permitido ordenar estas pocas ideas:

“Difícilmente podrán los hombres mantener el equilibrio en el espinoso camino de la razón sin caer en aquellos otros más cómodos y tentadores del dogma o del nihilismo irracionalista. No existen recetas fáciles ni caminos seguros; el antídoto único reside en el sostenimiento del entusiasmo por el progreso en los pasos dados, aunado al temple de la visión nítida de los obstáculos aún por superar”.

